

Palabra de Oso #13

Nunca en viernes 13

Bob Flesh



Volumen 13 de la serie *Palabra de Oso*

La balada de Josh y Jesse

Josh y Jesse habían compartido algo más que una amistad durante el tórrido verano del sesenta y tres en el Valle de Bear Creek. Su historia había sido cocinada a fuego lento durante muchos meses, los que les llevó a los operarios levantar la comunidad de Bear Creek en algún punto de la cadena montañosa de Los Apalaches, a la altura del estado de Virginia, no muy lejos del Parque Nacional de Shenandoah.

Los caracteres de ambos hombres no podían ser más opuestos. Josh tenía un temperamento sanguíneo, siempre predispuesto a la acción y a combatir cualquier clase de injusticia que se cometiese a su alrededor. Era una mole corpulenta sin tallar de ideas demasiado claras y gestos rápidos. Por el contrario, Jesse era un tío reposado. A sus sesenta años había aprendido a tomarse

las cosas con calma. Consideraba que el carácter explosivo de Josh era propio de la juventud y, aunque admiraba la energía bruta de su amigo, se reía a menudo de la fanfarronería propia de sus acciones.

Lo que había unido a dos tipos como ellos, de edades y personalidades dispares, era el carácter emprendedor de ambos y la resolución compartida de dejar atrás el ruido de la civilización. Porque la civilización les había fallado, al menos tal y como estaba montada. Se podía decir que la civilización con sus estúpidas normas, su mojigata moral y su inagotable combustible a base de hipocresía había acabado expulsándoles de su seno.

En su camino de huida a ninguna parte ambos habían coincidido en la barra de un gracioso bar donde se cocinaban las mejores costillas de los Apalaches –al menos eso rezaba el reclamo de la entrada–, y habían compartido unas cervezas, muchas cervezas, mientras hablaban de su desencanto. Cuando ambos cayeron desplomados sobre el inmundo suelo del local, el encargado se ocupó de arrastrarles hasta el porche trasero para que durmieran la mona sin estorbar a la clientela.

Cuando despertó de madrugada, Josh descubrió que había pegado su cuerpo al de

Jesse, a quien tenía bien agarrado y cuyo contacto le había provocado una tremenda erección que rozaba las nalgas que aquel llevaba enfundadas en su peto manchado de cerveza. Y la verdad era que Josh no conseguía explicarse cómo podían haber acabado en tan indecorosa posición, pero la realidad era que un hombre maduro como Jesse, de cuerpo redondo, suave y amable, con un pelo cano que parecía refulgir al recibir la luz lunar, resultaba del todo irresistible para alguien de natural fogoso como él, alguien que estaba empezando a descubrir una sexualidad tardía con treinta años recién cumplidos.

Más tarde, una vez consiguieron sacudirse las perezas, se tomaron en silencio un café bien cargado capaz de despertar a un muerto. Lo compartieron en la misma barra donde tantas fuentes de costillas habían visto trasegar durante la jornada anterior. Jesse apreció un brillo en los ojos de su joven amigo que le hizo sonreír.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Josh, ligeramente intimidado.

La pregunta había quedado a medias. Lo que quería preguntarle realmente era por qué le sonreía de aquel modo en particular.

—Porque cualquiera diría que acabas de descubrir un nuevo amanecer —respondió Jesse.

Y en efecto, de eso iba todo aquello, de la posibilidad de vislumbrar un nuevo amanecer, una suerte de reinicio existencial en el contexto de aquellas montañas, alejados de los insidiosos tambores de la civilización.

En resumen, Josh y Jesse no hicieron el amor hasta que su proyecto se llevó a término y los operarios contratados clavaron el último clavo en el panel de madera que anunciaba al visitante la llegada a ese remanso de paz en las montañas llamado Campamento Bear Creek.

Fue un verano agitado con poco tiempo para el esparcimiento. La recompensa vendría después. Jesse reunió todo el dinero que le había rentado una vida de abnegado sacrificio, deshaciéndose de su casa, de sus propiedades y de su solvente empresa de construcción, destinando el beneficio obtenido al levantamiento de aquella comuna libertaria para almas descarriladas de la civilización. Fue un verano intenso de trabajo agotador, pero también de lucha contra los elementos y, sobre todo, contra las fuerzas vivas de aquella parte de las montañas que aunque no eran muchas, resultaban especialmente beligerantes. La posibilidad de que la creación del Campamento Bear Creek llenase la zona de sucios vagabundos alertó a los vecinos del lugar poniéndoles en guardia y creándoles nuevas ruti-

nas como la de tener perfectamente engrasadas sus armas ante lo que pudiera suceder. Así que tras muchos desvelos y algún que otro enfrentamiento con los matones de la vecindad, la cuadrilla contratada para levantar las instalaciones del campamento consiguió clavar el último clavo y dar su trabajo por terminado.

Sin embargo, aquella noche de celebración, destinada a ser memorable, lo fue pero por el motivo equivocado. Mientras los trabajadores se entregaban al rito dionisiaco de degustar los licores proporcionados por sus empleadores, Josh y Jesse se escabulleron de los cantos que entonaba el grupo en busca de un lugar tranquilo. Caminaron unos diez minutos hasta llegar al lago y una vez allí se derrumbaron sobre una roca plana que descendía hasta la orilla. Josh lio un porro sin prisas y ambos lo compartieron a la luz de la luna.

El subidón del canuto hizo que el rumor de los grillos dotase al entorno de un aura irreal.

—Estamos jodidamente lejos... —dijo Josh torpemente, incapaz de terminar la frase.

—¿Lejos de qué? —preguntó Jesse.

La respuesta la proporcionó el ulular de un búho, cuyo canto sostenido acabó provocando la risa de los dos amigos.

—Creo que no es el momento de hablar —reconoció Jesse—, esta maría es demasiado poderosa. Será mejor desnudarse y darse un baño.

Desde luego, Josh no esperaba que su amigo dijera algo así, pero la idea le pareció insuperable. Observó a Jesse levantando su culo de aquella piedra plana que ya empezaba a resultar incómoda y quedó hechizado por sus graciosos movimientos: la facilidad con la que bajó los tirantes de su peto, cómo se enredaron sus brazos con la camiseta de algodón y la rapidez con la que se dejó los pantalones a la altura de los tobillos. En aquel momento Jesse comprendió que estaba más colocado de lo que pensaba y se detuvo para tomar aire ensanchando los pulmones. La visión que se le ofrecía a Josh resultaba embriagadora. Las amplias nalgas de Jesse, lozanas y carnosas, tensaban con su deliciosa curva el tejido que las atrapaba. Josh, que nunca había visto desnudo a su amigo, sintió cómo se le aceleraba la respiración al tiempo que su miembro aletargado despertaba y adquiriría unas dimensiones capaces de asombrar al más escéptico. Jesse se libró de los pantalones con un gesto apremiante y ya por fin se bajó los calzoncillos, dejándolos sobre la roca. La tersa superficie de sus nalgas refulgía bajo aquel baño de luz lunar.

—¿Me follarías, Josh? —le preguntó Jesse dándose la vuelta.

Josh se dejó embargar por las sensaciones que parecían elevarlo sobre el suelo. La escena resultaba irreal, de manera que se aferró a su rabo duro para comprobar que todo estaba ocurriendo de verdad.

—Joder, Jesse, me has puesto el rabo como un puto bate de béisbol, ¿qué quieres que te diga?

Para demostrar que no decía necedades, Josh se puso en pie y se quitó la camiseta de los Chicago Cubs que llevaba puesta. El aire era más fresco allí a los pies del lago. Aspiró el aroma de los pinos y se recreó durante unos segundos ante la arrebatadora visión del cuerpo desnudo de su amigo. A continuación, sin darse prisa, metió los pulgares en la goma elástica de sus shorts y los fue bajando poco a poco. El tronco de su hermoso rabo iba quedando descubierto hasta ser liberado del todo, momento en el que se elevó con un violento movimiento que lo alzó hasta la altura del ombligo.

—Te la voy a clavar como nunca te la han clavado, compañero.

Jesse pareció satisfecho con la respuesta pero se permitió un comentario al respecto:

–Mide bien tus palabras, jovenzuelo, no me gustan las fanfarronadas y no afirmes nada que no puedas cumplir. Este agujero no es virgen precisamente y está palpitando de deseo por ti desde que compartimos aquellas cervezas en la noche del desencanto.

–Te voy a dar por el culo hasta que mis cojones se vacíen en lo más profundo de tu ser.

Josh lanzó sus shorts a un par de metros de donde se encontraba y acudió al encuentro de su amigo. Sus bocas se encontraron y ambos empezaron a devorarse mientras las manos de Josh se posaban sobre las nalgas de Jesse. Durante el largo beso, las manos traviesas se entretenían separando aquel par de nalgas maduras, dejando a la vista de cualquier intruso su húmedo agujero.

–Lo tienes bien abierto, cabrón –le susurró Josh introduciendo un dedo por su acogedora abertura.

–Quiero que me lo comas antes de follarlo –respondió Jesse también en susurros.

Lo que pasó a partir de aquel momento fue de una intensidad para la que ninguno de los dos hombres estaba preparado. Josh saboreó la manzana del amor de su amigo como si fuese el manjar más sublime del paraíso. El ojeté de Jesse se dilataba un poco más a cada lengüetazo, mientras el cosquilleo del deseo se desplazaba a olea-

das por el resto de su cuerpo, provocándole espasmos en la pelvis y haciéndole estremecerse de pies a cabeza. A lo lejos se escuchaba un vago rumor de voces masculinas entonando canciones junto a una hoguera. Eran los hombres de la cuadrilla que continuaban con su celebración. Josh y Jesse permanecían completamente ajenos a su remota presencia, pero lo último que podían sospechar era que sí había un intruso en la escena.

¿Cómo sospechar algo cuando tu polla penetra un culo como el de Jesse, precioso, rollizo y avaricioso? ¿Cómo escuchar el crujido de una rama a dos metros de ti cuando tus caderas acuden al encuentro de cada nueva embestida como si no hubiera un mañana? ¿Cómo percibir la sombra de una amenaza mortal cuando el agujero de tu culo se cierra con todas sus fuerzas sobre el tremendo mazo de carne que te está destrozando? ¿Cómo percibir el aliento de alguien a tu espalda cuando el éxtasis coloniza dos cuerpos a un mismo tiempo? ¿Cómo anticiparse a un golpe mortal cuando una polla empieza a descargar su abundante jugo en las entrañas de su amante? ¿Cómo conjurar una alianza tan inesperada como la de Eros y Tánatos en el preciso instante del orgasmo?

No hay respuesta para tales preguntas. El momento que compartieron los dos amantes fue

irrepetible por muchos motivos, pero principalmente por el golpe definitivo que les asestó el intruso en cuanto ambos cuerpos empezaron a culminar su gozo. Los cuerpos de Josh y Jesse venían a ser una unidad cuando recibieron el impacto de la punta de lanza que los atravesó a ambos. Cuando cayeron sobre el suelo permanecieron unidos como un solo bloque de carne. La sombra del asesino se proyectaba sobre ellos enorme, oscura, desproporcionada. El asesino no tenía sentimientos, de modo que cuando escuchó el susurro que Jesse le dirigió a Josh ni siquiera se inmutó. Aquel “te quiero” se perdió en los sonidos de la noche que envolvían el Campamento Bear Creek, entre el nuevo ulular del búho y el canto de los grillos.